



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

**Ser sobreviviente al suicidio de un progenitor:
transitar el duelo durante la niñez**

MONOGRAFÍA

Estudiante: Leandro Longeau Rodríguez - 5.189.918-5

Tutora: As. Mag. Susana Quagliata

Revisor/a: Prof. Dra. Andrea Clara Bielli Pallela

Montevideo, Uruguay

Índice

| | |
|--|----|
| Resumen: | 2 |
| Agradecimientos: | 3 |
| Introducción: | 4 |
| Capítulo I: Constitución psíquica del sujeto | 6 |
| • El lugar significativo de un Otro | 6 |
| • El papel de lo transgeneracional en la construcción del sujeto | 9 |
| Capítulo II: Los avatares de la niñez | 10 |
| • Desarrollo psicosexual del niño: características del periodo de latencia | 10 |
| • La internalización del concepto de muerte en la niñez | 13 |
| Capítulo III: Muerte a causa de suicidio y duelos | 15 |
| • El suicidio: un colapso traumático que deviene en ser sobreviviente | 15 |
| • Duelo desde el psicoanálisis: conceptualizaciones teóricas | 20 |
| • Duelo infantil: características propias del momento evolutivo | 23 |
| • Lugar de un Otro en el duelo infantil | 30 |
| Capítulo IV: Pensar en la prevención | 33 |
| • Educar para la vida: un lugar posible donde expresar el dolor | 33 |
| Consideraciones finales | 38 |
| Referencias | 41 |
| Anexo | 47 |

Con el fin de evitar la sobrecarga que supondría utilizar o/a se ha optado por emplear la escritura en masculino. Por ende las menciones en tal género representan siempre al sujeto indiscriminadamente de ser hombre o mujer.

Resumen

La siguiente monografía tiene como fin visualizar y dar a conocer las repercusiones en el niño tras el suicidio de un progenitor. A su vez busca prevenir el suicidio, de forma tal que el antecedente familiar no sea un destino final para el futuro del sobreviviente.

Durante el recorrido del escrito se hará mención de la constitución psíquica del niño y la importancia que adquiere un Otro durante los primeros años de vida del sujeto, como también las repercusiones de lo inconsciente generacional en la vida psíquica del niño.

Se reflexiona acerca del reconocimiento social e identificación del sufrimiento en sus sobrevivientes, fundamentalmente sobre este duelo infantil de particulares características a problematizar.

En lo que respecta al suicidio, el mismo aparece en la oscuridad del tabú de una sociedad que sostiene la incomprensión e indiferencia. Se enfatizará en las diversas características que se presentan durante el duelo en la infancia desde el psicoanálisis. Al mismo tiempo, cómo este incidente conlleva obstáculos para el trabajo de duelo, para la constitución subjetiva y desarrollo del niño. Se mencionan diversas repercusiones que atraviesan este hecho traumático y como el niño es capaz de comprender la finitud de la vida respecto a su edad. Además, cómo este acontecimiento es metabolizado a nivel familiar, los discursos y silencios alrededor de estas pérdidas. Por ende se considera que los niños sobrevivientes son una población sobre la cual prevenir tempranamente.

Sobre el final se menciona a la escuela como un lugar alternativo en donde el niño puede comenzar a simbolizar la pérdida.

Palabras claves: *suicidio parental, sobreviviente, duelo en el niño, simbolización, resiliencia*

Agradecimientos

En especial a mis padres por el amor incondicional que he recibido a lo largo de la vida, hacen que mis días amanezcan con un sol. Agradecerles por impulsarme a seguir en momentos que me encontraba a la deriva. Sin duda alguna esto también es de ustedes.

Agradecer a ti abuela, fuente de inspiración, risas y burlas constantes. Gracias por despertar en mí el interés de esta magnífica disciplina.

Agradecer a mi tía Marce, compañera de mates, luchadora de la vida, experta en charlas infinitas y causas sociales.

Agradecer a toda mi familia en general.

Agradecer a la vida por ponerme a cada uno de mis amigos/as. Han sido portadores de risas eternas, como también de abrazos y calidez en momentos oscuros. Entre ellos a Erne, amigo o hermano a esta altura de la vida.

Agradecer a mis compañeros/as de estudio *-amigos/as nuevos que me encontré por algún salón de facultad-* por transitar afectivamente el camino, receptores de intercambios y escucha, me encuentro orgulloso de haber compartido con ustedes.

Agradecer a mi tutora por el proceso transitado, por compartir su conocimiento conmigo, su disposición en todo momento y su acompañamiento realizado.

Agradecer y celebrar la educación pública de nuestro país. Gracias Universidad de la República por abrir sus puertas a tantos estudiantes.

Agradecer a su vez a quien dedique su tiempo en leer la siguiente monografía; espero haber colocado un granito de arena en una de las tantas aristas invisibilizadas que tiene nuestra sociedad.

Introducción

Esta monografía corresponde al Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología, de la Universidad de la República. El interés de abordar esta temática remite al entrecruzamiento de abordajes que han sido de relevancia durante mi proceso de formación, como lo son las infancias y el suicidio. Por lo tanto, de estas aristas surgieron algunas interrogantes, entre ellas que sucede en la vida de un niño/a¹ cuando uno de sus progenitores se quita la vida. Debido a este motivo es que en el transcurso del escrito se intentarán responder algunas interpelaciones, tales como: los modos y espacios de contención que requiere el niño, los aspectos a identificar en el sufrimiento psicológico durante el duelo y las herramientas a construir para que pueda elaborar y asimilar la ausencia definitiva del progenitor, entre otras.

En principio, se elige como punto de partida la importancia que tienen las figuras parentales en la vida del niño. Tal elección se debe a que son indispensables para la sobrevivencia ya que por medio de su presencia y sus cuidados hacen que el bebé pueda desarrollar su constitución psíquica. No obstante, cuando ocurre la desaparición de uno o de ambos progenitores resulta un hecho traumático debido al impacto que significa la pérdida, además de la brusca irrupción que ello tiene para la vida psíquica del niño. Para el psiquismo infantil no contar con ese Otro que funcione como apuntalamiento y apoyo para desarrollarse y simultáneamente elaborar el duelo puede ser devastador.

En lo que respecta al suicidio, es la máxima expresión de violencia autoinfligida. El suceso es capaz de generar gran conmoción familiar, sacudir a la comunidad y sociedad en general. Según datos propiciados por el Ministerio de Salud Pública (MSP, 2023) se produjeron 763 fallecimientos por esta causa en el año 2023, ubicando a Uruguay entre las tasas más elevadas del continente. Estos datos epidemiológicos resultan alarmantes debido a

¹ En la monografía se utilizará el término niño para facilitar tanto la escritura como la lectura

su estabilidad en el tiempo y a la estandarización del índice global. La tendencia de incremento ha sido una constante desde inicios del siglo XXI en todas las franjas etarias, estableciéndose según los aportes de Durkheim (1897) como un hecho social. Es importante dimensionarlo como una problemática de esta índole debido a que actualmente se han registrado fallecimientos superiores al año 2002 (683), año que nuestro país atravesó una de las mayores crisis económicas e históricas, alcanzando los peores indicadores sociales tales como: la pobreza, indigencia, desempleo, entre otros. El suicidio es identificado como problema, como un fenómeno que ha sido estudiado por distintas disciplinas desde finales del siglo XIX. Sin embargo, el fenómeno no ha sido propiamente abordado debido al tabú existente en la sociedad siendo una temática escasamente abordada en nuestra formación académica.

En lo concerniente a la delimitación del tema a profundizar se entiende al duelo como inherente a la condición humana, como múltiples acontecimientos que se esperan o suceden a lo largo de la vida haciendo que se produzcan cambios en la incorporación a una nueva realidad. Cuando ocurre el suicidio de un progenitor el duelo sobreviene como respuesta adaptativa a la nueva realidad, pero con una carga simbólica a la cual resignificar en cada tramo de la vida del niño. A lo largo de este escrito se busca abordar un tipo de duelo específico; aquel en el cual niños y niñas -entre seis y doce años- sobreviven al suicidio de uno de sus progenitores. Esta muerte es una situación disruptiva que sacude la vida psíquica del niño en plena estructuración y desestabiliza su funcionamiento global. Es preciso realizar un corte etario debido a que el impacto recibido por los niños no es igual en todas las edades. La edad seleccionada corresponde aproximadamente con la internalización de la finitud de la vida, así como también el comienzo de la salida exogámica con las características propias del periodo de latencia.

Durante el recorrido teórico se expondrá cómo se procesa -lo incomprensible- la pérdida de uno de los padres, la ambivalencia emocional entre el amor hacia el padre/madre² y tener que duelar su ausencia definitiva. Las repercusiones tales como sentirse abandonados, la soledad de sentir que su vida no es igual a la de otros niños podrá afectar la seguridad y confianza en sí mismo, así como su autoestima. El suicidio como tal conlleva el mito de la muerte por decisión propia, lo cual para el niño resultará más difícil de aceptar debido a que él no fue motivo suficiente para poder evitar el desenlace.

Por consiguiente, a lo largo de la monografía pretende mirar un poco más allá de lo visible sobre lo que permanece del duelo en afecciones emocionales, dolencias físicas, y otros síntomas que aparecen y/o se producen en los niños sobrevivientes. Se aborda la importancia que tiene promover la simbolización en los niños, teniendo como fin lograr minimizar el padecimiento como también prevenir que se produzcan nuevos suicidios a futuro en la población sobreviviente.

Capítulo I: Constitución psíquica del sujeto

El lugar significativo de un Otro:

Es de suma importancia realizar una aproximación teórica de diversos autores sobre la constitución “esperable” del psiquismo. Para dar inicio, resulta aludir a lo imprevisto de un Otro en la constitución psíquica. El aparato psíquico no se encuentra constituido desde el nacimiento, sino que por el contrario según los aportes realizados por Silvia Schlemenson

² Según los aportes que realiza Raznoszczyk de Schejtman (2018) al nombrar padre y/o madre se hace referencia a la importancia de “de la parentalidad, va más allá de una figura personalizada que ocupe esos lugares (...) Se asume que tanto padre como madre (Otro) son de fundamental importancia para la estructuración del psiquismo del niño más allá de su género, “múltiples conceptos dan cuenta de lo materno y lo paterno ligado al encuentro del adulto con el desvalimiento del infante” (p. 382)

(2004) su fundación y estructuración y el desarrollo de sus procesos en la vida anímica se produce en y con los primeros vínculos.

Respecto al psiquismo en desarrollo es una estructura que se encuentra abierta al mundo que, en sus orígenes es acotado y requiere de la constancia y estabilidad de espacios psíquicos disponibles de otros sujetos (intersubjetividad) que apuntalen estos procesos. Inexorablemente un Otro presta su psiquismo para comenzar a significar la vida afectiva y el desarrollo del niño. De hecho, la constitución del sujeto psíquico depende absolutamente de ellos -en principio la madre- que a través de alimentación, cuidados, mimos y palabras es quien se encarga de libidinizar la vida de relación, el cuerpo y significar las vivencias del niño. Por medio de estos registros libidinales el sujeto comienza a conseguir modos privilegiados de conseguir placer y sufrimiento (Schlemenson, 2006), consolidando lugares y destinos de las pulsiones.

Por su parte, Piera Aulagnier (1977) señala que en los primeros cuidados se produce una *violencia primaria* -función de la madre- en donde por medio de vínculos tempranos la madre es capaz de brindar significaciones del mundo, satisfacer y cubrir las necesidades que presenta el bebé. Esta "violencia" asimétrica resulta ser estructurante y fundamental para la constitución y desarrollo del psiquismo del bebé que se encuentra en estado de indefensión y desvalimiento absoluto. A su vez, señala que existe una *violencia secundaria*, la cual en el vínculo representa un exceso perjudicial e innecesario por parte de la madre. Esta violencia invade y altera la organización psíquica temprana del bebé, obstaculizando la capacidad de transformación de lo no-propio en propio, la capacidad de discernir entre espacios psíquicos, resultando por ende ser destructiva para el funcionamiento del futuro yo.

Por lo tanto, según lo planteado por Kaës (1996) la formación del psiquismo se constituye a partir de una "producción intersubjetiva de la psique" (p.13) haciendo alusión a

que la subjetividad del niño se construye simultáneamente a nivel individual y familiar. Para este autor (1993) la familia oficia como grupo primario y es el espacio originario donde a través de las filiaciones materna y paterna el bebé comenzará a heredar el material psíquico de sus progenitores y que le permitirá continuar su existencia como sujeto en (y desde) el inconsciente familiar. En relación a esto, los aportes del psicoanalista Rodolfo (1996) señalan que el niño como sujeto no debe ser ni será excluido a la familia, es por medio de la adquisición de “un puñado de significantes” (p.40) que comienza a estructurar su psiquismo, a devenir como sujeto. Por su parte, Janin (2011) afirma que el niño puede ser entendido como un “psiquismo en estructuración, estructuración signada por otros” (p, 11). Es así que por medio de los Otros que transmiten por vía psíquica contenidos, referencias identificatorias, formación de ideales, se instalan mecanismos de defensa, creencias, mitos, trozos de narraciones y silencios, secretos familiares, entre otros.

Es decir, por medio de estos primeros vínculos y en el “entre” en el espacio psíquico compartido se genera entre el niño y el Otro la riqueza o precariedad libidinal que marcará el rumbo del desarrollo psíquico del sujeto. Por medio de las primeras interacciones se crean redes simbólicas, se estructuran las instancias psíquicas que acompañan y sostienen al niño a lo largo de su vida. Por el contrario, cuando en las relaciones no existe una continuidad de presencia y cuidados que permitan al niño asimilar y sentir seguridad, las mismas según afirma Schlemenson (2005) influirán de manera negativa en el desarrollo psíquico. Como resultado de estos entramados vinculares el niño como sujeto es producido por dos linajes que lo preceden, que se encuentran cargados de discursividades y/o vacíos, espacios psíquicos y subjetividades de Otros que traen consigo sus propias vivencias e historias singulares. Mediante estas historias que le preexisten el niño puede ser favorecido en su desarrollo, o como menciona Rozenbaum (2005) ser simplemente prisionero de la historia de un Otro.

El papel de lo transgeneracional en la construcción del sujeto

Como se ha explicitado la presencia de un Otro -padre o madre- resulta fundamental para la constitución psíquica. Sin embargo, no alcanza con limitarnos a los descendientes más inmediatos, sino que por el contrario algunos autores hacen énfasis en la transmisión inconsciente de vida entre las generaciones.

Según lo expuesto por Freud en *Tótem y Tabú* (1913) la transmisión de la vida psíquica se produce de una generación a las subsiguientes, y afirma que si esto no ocurriese no existiría ningún progreso ni desarrollo alguno en el ser humano. En el mismo orden de ideas, Tisseron (1995) indica que “la vida psíquica de todo recién llegado al mundo se construye efectivamente en interrelación con la vida psíquica de sus allegados, y es así como, marcada por la de sus padres, lo está también, a través de ellos, por la de sus ascendientes” (p. 12), de igual modo por una sociedad y cultura determinada. Por ende, la continuidad psíquica de las generaciones anteriores estarán impregnadas en la formación del nuevo sujeto.

Por su parte, los aportes que realiza Piera Aulagnier (1977) remiten a que a través de los primeros intercambios se irán generando las condiciones propicias para la construcción de lo fundante -lo inconsciente- y novedoso para el sujeto psíquico y su desarrollo. A su vez, siguiendo lo planteado por Freud (1913) “ninguna generación es capaz de ocultar a la que le sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad” (p. 160), Por esta razón se puede afirmar que, se transmiten -también- acontecimientos que no han sido superados, huellas que han quedado en el inconsciente de sus antepasados y no han podido acceder a las vías de elaboración, pero que de igual manera han logrado ser transmitidas de manera inconsciente en las generaciones precedentes.

Lo característico a este tipo de transmisibilidad es que, en lugar de transmitirse palabras o afectos, se transmiten “cosas” en bruto que carecen de representación, de

elaboración y se encuentran sin ligazón. La transmisión cruda conforme a lo expuesto por Kaës (1996) es producida por “objetos marcados por lo negativo” y suelen provenir de y devenir en experiencias traumáticas, duelos no realizados, vivencias no metabolizadas, entre otras. En la medida que se transmiten cosas en bruto, sin representación y significados, resulta indispensable analizar lo oculto e impensable, los secretos y discursos familiares. Aquello que está cargado de contenidos en crudo sin explicación, que invisiblemente subyace a la ocurrencia del suicidio en la familia, como antecedente para la siguiente(s) generación, y conlleva riesgo para el niño que lo ubica en el lugar de sobreviviente. Aquello no inscripto, lo inentendible, lo traumático de la pérdida en sí misma, el abandono que siente el niño son contenidos nuevamente en bruto. Según lo expuesto por Green (1980) esta repetición no consciente -en sus mecanismos- son manifestaciones de lo no-dicho, de lagunas de memoria, de “agujeros representacionales”, enquistamientos, fosilizaciones psíquicas que han sido transmitidas al niño, pero sin transformación ni traducción alguna, los cuales pueden ser causantes de sufrimientos.

Se transfieren angustias, miedos, anhelos y reflexiones, aún cuando intenten o crean no estar repitiendo sus historias. De hecho, el psiquismo del niño puede ser invadido o estará “lleno” de una historia propia y no propia -propia de Otro- que no logró acceder a las vías de elaboración y que terminó decidiendo quitarse la vida.

Capítulo II: Los avatares de la niñez

Desarrollo psicosexual del niño: características del periodo de latencia

Este apartado pretende desde la teoría sobre el desarrollo del niño comprender sus vicisitudes. Se considera pertinente comenzar con el origen del término infancia; el mismo es proveniente del latín “*infans*” y hace alusión a la “incapacidad de hablar”. A lo largo de la

historia su significado efectivamente ha reflejado el lugar que se le ha dado en las diversas sociedades, el no tener voz (aunque pudiesen hablar) alude a la poca importancia que se les ha otorgado a los niños. Por ende, la noción infancia como categoría históricamente construida, como representación social ha tenido transformaciones y connotaciones diferentes conforme al momento histórico. El reconocimiento que han adquirido los niños durante el siglo pasado ha sido un hito de importancia en cuanto a pensarlos como sujetos. Conforme a lo planteado por la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar (2001) la infancia es una categoría que está vinculada a momentos constitutivos y estructurales de la subjetividad infantil. Esta misma autora menciona que se entiende al niño como un sujeto que resulta ser único e irrepetible, con sus propios entrecruzamientos de universales psíquicos, condiciones culturales, sociales e históricas propias.

Por otra parte, se considera necesario aclarar que la manera de entender al niño no tiene un consenso universal en el ámbito académico, sino que el modo de concebirlo dependerá propiamente de cada disciplina. Incluso dentro de la psicología coexisten diversas líneas de pensamiento para entender el desarrollo del niño, entre ellas se encuentran el desarrollo evolutivo y el afectivo sexual.

Debido a la perspectiva que se utiliza en la monografía se hará hincapié en el desarrollo afectivo-sexual, que corresponden a los lineamientos de la teoría psicoanalítica. Desde esta perspectiva, siguiendo los postulados freudianos somos seres sexuales desde que nacemos. Cuando se remite a lo sexual infantil se hace referencia a las tendencias pulsionales dirigidas hacia la descarga y la búsqueda del placer. En principio la energía sexual -libido- se encuentra apuntalada -por medio de la boca- a funciones que son imprescindibles para la conservación de la vida, como lo son las necesidades nutricias. Posteriormente la libido toma otras vías y se desplaza a otras zonas erógenas produciendo así la sucesión de fases del

desarrollo. Las descritas como fases -desde Freud- son las siguientes: fase oral, fase anal, fase fálica, periodo de latencia y fase genital.

Para la edad seleccionada -entre seis y doce años- nos encontramos generalmente en el periodo evolutivo denominado latencia. En cuanto a este período Freud (1905) menciona que se produce un receso en la evolución sexual hasta acceder a la pubertad. Sin embargo, el psicoanalista argentino Rodolfo Urribarri (2008) realiza una crítica a los postulados freudianos. En sus trabajos insinúa que no debe de entenderse a la latencia por la negativa -lo que deja de ocurrir- debido a que desjerarquiza su importancia, desdibuja sus modificaciones y parecería ser una mera postergación temporal en función del siguiente período. De modo opuesto, entiende que este momento evolutivo requiere un trabajo psíquico en donde se complejiza tanto en lo intrasubjetivo como en lo intersubjetivo, los nuevos placeres y destinos, así como el proceso correlativo a un reordenamiento psicodinámico (p.96)

Posicionado en lo esperado en el desarrollo del niño, también pueden ocurrir hechos que obstaculicen u obstruyan los canales o vías del desarrollo en todas las áreas. Sin duda las generalizaciones acerca del desarrollo muestran lo posible o esperable en cada niño; empero, frente a la presencia de un hecho trágico como lo es el suicidio de un progenitor las condiciones de contención (individuales, familiares y sociales) le son adversas al desarrollo esperable. De ahí es que resulta importante mencionar que la teoría psicoanalítica entiende al psiquismo de manera dinámica; de esta manera, debido a lo traumático que resulta el suceso, el niño sobreviviente a un suicidio parental puede presentar regresiones -las mismas hacen alusión al retorno a etapas y características propias de estados anteriores del desarrollo-. Se propone explicitar algunas de las características más relevantes de este momento evolutivo para dar cuenta de los cambios psicosociales que se encuentra atravesando el niño en este periodo.

El ingreso a la escuela es característico del momento evolutivo en donde a su vez se producen los primeros caminos de la salida exogámica. Durante la latencia se producen nuevos mecanismos de defensa como la sublimación, que se encarga de desviar -sustituir- las metas sexuales hacia metas culturales elevadas. Acerca de esto, Laplanche y Pontalis (1996) menciona que “ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad” (p. 415) como lo artístico e intelectual en realidad hallan “su energía en la fuerza de la pulsión sexual” (p. 415). A su vez, conforme a lo planteado por la teoría psicoanalítica freudiana, por medio de la sublimación se profundiza la denominada pulsión epistemofílica -deseo de aprender- que aparece ligada al descubrimiento, aprendizaje y conocimiento en simultáneo con el ingreso del niño a la institución escuela. Al mismo tiempo, Uribarri (1999) afirma que desde el ámbito escolar se emiten mandatos represivos que hacen posponer la meta sexual accediendo hacia actividades socialmente aceptadas y valoradas como el ofrecimiento de prácticas que habilitan el “desplazamiento hacia nuevos espacios por la adquisición de recursos, técnicas y el intercambio social” (p.265). Como se logra visualizar por medio de diversos autores, se espera que la energía del niño esté disponible para aprender y desarrollarse en espacios por fuera del ámbito familiar. Sin embargo, cuando ocurre la muerte de uno de los padres la libido (energía) estará dirigida de lleno al trabajo de duelo, pudiendo producirse dificultades en el aprendizaje. En contraposición, puede ocurrir que la libido esté dirigida hacia la intelectualización, negando el dolor, suspendiendo lo afectivo, ocultando tanto la pérdida y comprometiendo el proceso de duelo.

La internalización del concepto de muerte en la niñez

En principio cabe mencionar que la niñez es caracterizada por ser una etapa movilizadora emocionalmente, en donde permanentemente el niño se encuentra frente a nuevas experiencias. Durante los primeros años de vida se atraviesan las primeras pérdidas,

separaciones que resultan necesarias e indispensables para la estructuración psíquica. Por medio de estas separaciones comienzan a producirse modificaciones en los vínculos con otros sujetos que no se conciben como una desaparición definitiva del objeto sino como una ausencia temporal.

A pesar de ello, existen otras pérdidas que el ser humano deberá afrontar a lo largo de su vida como es la muerte de personas queridas, que requerirán de tiempo para poder ser procesadas. Si bien no suelen ser habituales en la vida de un niño, a menudo ocurre el fallecimiento de alguno de sus progenitores quedando el niño sumergido en un ambiente de inestabilidad. Tal como lo expresa la psicoanalista uruguaya Ihlenfeld de Arim (1998) “cuando esto sucede, la conmoción suele ser particularmente intensa, pues con su psiquismo en formación los necesita como soporte narcisista, como sostén identificadorio, como figuras receptivas a sus movimientos pulsionales” (p.3). A pesar del suceso irreversible, definitivo y permanente el niño internaliza la muerte de manera diferente acorde a la edad que tenga al momento del acontecimiento.

Resulta necesario adentrarse en el concepto que tiene el niño sobre la muerte y cómo este interioriza para posteriormente hacer hincapié en el impacto que el suicidio de uno de los padres genera en el desarrollo y vida del niño. Es así que el entendimiento de la muerte y la forma de afrontarlo dependerá del desarrollo cognitivo adquirido al momento de la muerte, así como también las experiencias de vida previa, las de su familia y la capacidad de lograr simbolizar, representar y comprender la pérdida. Para concebir la muerte en su totalidad, conforme a lo aportado por Speece y Brent (1984) es necesario que se desarrollen una serie de subconceptos -universalidad, irreversibilidad, no funcionalidad y causalidad- que responderán a la adquisición de componentes dependiendo del nivel del desarrollo infantil. Por esta razón la internalización de la muerte se produce de manera paulatina tendiendo a nociones cada vez más complejas en el entendimiento por parte del niño.

Ahora bien, ¿cómo el niño logra comprender la ausencia definitiva? Como fue mencionado anteriormente el niño internaliza la muerte acorde a su edad cronológica. Por ende, es propicio realizar un breve recorrido de cómo los niños logran adquirir esta noción. En los primeros tres años de vida no logran comprender el concepto de muerte, pero sí perciben, sienten la separación y abandono (presencia-ausencia) como una amenaza a su seguridad y bienestar. En el periodo que comprende entre los tres a cinco años la concepción de muerte que tienen los niños es algo provisorio, reversible y temporal; esto se debe a que su desarrollo cognitivo aún no es suficiente para comprender en su totalidad lo que aborda la muerte. Es recién entre los seis y los diez años aproximadamente en donde los niños comienzan a volverse más conscientes de la muerte. Durante esta edad comienza a primar el principio de realidad, una de las tantas habilidades que se desarrollan en la latencia. En principio los niños comprenden la irreversibilidad e incluso pueden entenderla como universal. Posteriormente según mencionan Lozano y Chaskel (2009) es sobre los nueve y diez años que comienzan a comprenderlo de forma literal y que también les puede suceder a ellos. En estas edades están presentes la negación que no hacen más que proteger al psiquismo de la realidad. Al mismo tiempo, aparecen sentimientos de culpabilidad, idealización del fallecido, miedo y vulnerabilidad. Es aproximadamente sobre los 11 años en donde los niños comienzan a adquirir una noción de muerte similar a la que poseen los adultos.

Capítulo III: Muerte a causa de suicidio y duelos

El suicidio: un colapso traumático que deviene en ser sobreviviente

Para dar inicio a este capítulo es necesario mencionar que el fin de la existencia de un ser querido es causante de un dolor profundo en todos los humanos. La muerte es un

acontecimiento que siempre irrumpirá en la vida de las personas debido a que nunca llega en el momento preciso ni oportuno y produce una marca en todos aquellos que sobreviven. Sin embargo, cuando las muertes son producidas por un suicidio resultan ser incluso más impactantes y dolorosas ya que se vivencia como una tragedia devastadora, desgarradora que despedaza la vida de los sobrevivientes.

Al interrogarse y abordar el suicidio, Saidón (2012) nos dirá que “una buena pregunta es la que nos convoca a seguir pensando y no la que pide una respuesta” (p.3) En cuanto al término como tal, etimológicamente nace de la conjunción de dos vocablos latinos: *sui*, ‘sí mismo’ y *caedĕre*, ‘matar’. Aunque, su conceptualización y método de abordaje difiera entre las disciplinas, todas coinciden en que el suicidio es “*darse muerte a uno mismo*”. Su conceptualización no resulta simple debido a que ha variado a lo largo de las diferentes épocas, cambiando su significación, obteniendo multiplicidades de sentidos y expresiones en las sociedades. En esta ocasión y siguiendo con las características que se presentan en la monografía parece pertinente hacer alusión a lo planteado por el Plan Nacional de Prevención del Suicidio correspondiente al año 2011-2015; allí se entiende al suicidio como un fenómeno multicausal que “impacta enormemente en el plano individual, familiar y social, a través de varias generaciones” (p.4)

Desde el momento en que un padre se suicida se pasa a ser sobreviviente; la palabra misma hace referencia a permanecer vivo después de un determinado suceso. Para efectos del escrito se entiende al término sobreviviente como permanecer con vida luego de la muerte de otra persona; término que además ha sido incorporado por Shneidman (1969) -pionero en el campo de la Prevención del Suicidio- a la suicidología contemporánea para identificar a quienes sufren una pérdida por suicidio. Es relevante mencionar el término debido a que se presume que por cada persona que se suicida deja afectadas alrededor de 60 personas. Resulta

propicio traer a mención los aportes que ha realizado Pérez Barrero (2006), allí él considera que los sobrevivientes son aquellas personas que afectivamente se encontraban vinculada a la persona que ha fallecido por suicidio en donde pueden incluirse " (...) familiares, amigos, compañeros e incluso, el médico, psiquiatra u otro terapeuta que lo asistía" (p.18)

En lo que respecta al suicidio, es fenómeno que responde a un problema social y de salud pública. Nuestro país se ha interesado y avanzado sustancialmente en la definición de políticas de prevención, aunque hasta el momento no se ha logrado disminuir el número de víctimas. En el último tiempo desde la academia se han incrementado los estudios acerca de este tipo de muerte, donde se ha enfatizado en las causas, factores de riesgo o factores protectores. Sin embargo, aún resultan escasos los estudios que refieren a los sobrevivientes, por ende, por medio de la siguiente frase: "la persona que se suicida pone su esqueleto psicológico en el armario emocional de los sobrevivientes, teniendo que hacer frente a muchos sentimientos negativos" (p.10) realizada por Shneidman (1985) cabe preguntarse, ¿qué se habla de aquellos sobrevivientes a un suicidio de un familiar?, ¿qué lugar ocupan en la sociedad dichos sobrevivientes?, ¿se logra procesar este duelo traumático?, ¿dónde se puede alojar el dolor de aquel que sufre? A su vez es interesante traer a colación lo mencionado por Sladogna (1996), en donde argumenta que la muerte por suicidio de un ser querido afecta a solo un cuerpo, el cuerpo de aquel sujeto que resulta afectado por esa muerte (, p.5), el cuerpo del sobreviviente.

El suicidio resulta ser una muerte no anticipada, inesperada e imprevista que irrumpe la vida de los sobrevivientes, de forma tal que se convierte en un evento traumático. En cuanto nos referimos al suicidio de un progenitor nos encontramos con un hecho disruptivo en la vida del niño. El acontecimiento es un punto de quiebre e inflexión en el psiquismo infantil, es un suceso que irrumpe y cambia de manera drástica su vida, un nuevo

orden-desorden comanda el caos emocional que si no es elaborado de manera adecuada será generador de un gran dolor psíquico.

Al hacer mención de lo traumático cobra relevancia lo aportado por los autores Benyakar y Lezica (2005). En sus escritos mencionan que el sujeto queda atrapado en la situación traumática con todas sus aristas y contexto, entendiéndola a la misma como una conjunción que atraviesa y tiene lugar entre lo psíquico y un hecho fáctico cualquiera sea. En este sentido -situación traumática- hace referencia a una vivencia de desvalimiento del Yo frente a una excitación externa o interna imposible de ser tramitada debido a que incide en el sujeto de manera repentina. A partir de esta situación, mencionan que se produce una angustia automática, que está conformada por aspectos no ligados en el psiquismo y que se encuentra desarticulada de representación. Estos autores proponen utilizar el término ‘disruptivo’ en reemplazo de la palabra ‘traumático’ para hacer referencia a hechos o situaciones que ocurren en el mundo externo.

El término disruptivo *-dirumpo-* desde su etimología significa destrozar, hacer pedazos, romper, destruir, establecer discontinuidad, irrumpir aquello establecido. Entonces, lo disruptivo refiere a todo evento o situación externa que tiene la capacidad potencial e intangible de desbordar con afectos intolerables para un psiquismo infantil que es frágil, cuyas respuestas y reacciones están alteradas por la afectación de la capacidad integradora de simbolizar e inscribir en el inconsciente. Para estos autores -Benyakar y Lezica- (2005) los eventos disruptivos exigen un trabajo psíquico excesivo para que el sujeto los logre afrontar. Además, resaltan que el impacto resultará ser más complejo de ser tramitado si es consecuencia de una actuación deliberada del ser humano; por ende, incluso será portador de mayores complejidades si se trata del suicidio de un progenitor.

Este suceso -suicidio- provoca desconexiones que hacen que la vivencia -conformación subjetiva que es producto de la relación entre mundo interno - mundo externo- quede investida con características traumáticas. Continuando con los autores (Benyakar y Lezica), ellos denominan que lo traumático es una desarticulación que se produce entre los afectos y las representaciones. Por ende, la vivencia resulta ser traumática cuando la articulación fracasa, impidiendo que la experiencia sea metabolizada. De esta manera las representaciones psíquicas no se corresponden con los afectos sentidos, resulta del proceso una falta de ligazón que provoca la incapacidad de darle un sentido comprensivo a lo vivido que lo rescate de los afectos angustiantes. En lugar de una vivencia normal, surge un conglomerado de representaciones y afectos de carácter intenso pero desconectado entre sí, desarticulados.

En este capítulo se enunció al suicidio como causa de la pérdida del progenitor, se vislumbró el sufrimiento psíquico en el sobreviviente a causa de un hecho trágico y como se ubica en el psiquismo este hecho traumático. Acerca de esta situación, Elmiger (2010) dice que “el sujeto en duelo sufre siempre un colapso traumático y queda expuesto a lo real” (p. 19), quedando su trama significativa comprometida, comprometiéndose lo imaginario como lo simbólico. Es por ello, que problematizar acerca de estos duelos nos invita a prevenir para que la vida del niño no se perciba en amenaza constante de muerte, y vivir sin el temor a la repetición por identificación debido a la existencia del antecedente familiar como factor de riesgo. La identificación sobre aquel padre que decidió quitarse la vida resulta inevitable; es sentida por el niño como solución a los problemas. Por ende, la fijación de la libido con el objeto identificatorio muerto obstaculiza la desinvestidura con el objeto de amor. Resulta ser trascendental la subjetivación de lo ocurrido por medio de lo denominado como proceso de duelo para que no se cristalicen futuras patologías ni para que se consumen nuevos suicidios.

Duelo desde el psicoanálisis: conceptualizaciones teóricas

Para dar inicio a este apartado se hace alusión al duelo como una serie de acontecimientos estresantes que se darán a lo largo de la existencia de un sujeto. Es una condición inherente al ser humano, la cual consiste en adaptarse a una nueva realidad tras la pérdida de un objeto amado. Según lo expresado por Donzino (2003) tanto la pérdida como el duelo poseen una función fundamental, propiciando aspectos inaugurales, constitutivos y estructurales de la subjetividad propia de cada individuo. El duelo consiste en un proceso que resulta ser adaptativo, lo que significa que se va elaborando de acuerdo a los recursos con los que cuenta cada sujeto al momento de la pérdida.

El duelo es un tema de gran relevancia para la teoría psicoanalítica. El mismo desde Freud ha ocupado un lugar destacado, tal es así que en su producción denominada *Duelo y Melancolía* (1917) encontramos los primeros aportes significativos del término. Allí menciona que el duelo es “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” Posteriormente a la pérdida comienza un proceso que requiere un gasto importante de energía, el cual fue denominado como “trabajo de duelo”. Esta concepción es denominada por Laplanche y Pontalis (1996) como un “proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida de un objeto de fijación, y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto”. (p. 435).

Siguiendo lo planteado por Freud (1917), señala que el trabajo del duelo absorbe al Yo de modo tal que pierde el interés por el mundo exterior, provocando una importante inhibición del Yo y entregando toda su energía hacia el trabajo del duelo. Según este mismo autor, inmediatamente a la pérdida el sujeto queda invadido por el dolor y niega la misma; se niega a ver la realidad de lo que ha cambiado, de lo que no está más. Esta negación es

entendida como una defensa del aparato psíquico que es constitutiva y característica del proceso de duelo, que funciona para hacer frente al displacer generado por la pérdida.

Desde el Psicoanálisis de Freud, el trabajo de duelo consistiría -entonces- en equilibrar las exigencias psíquicas al aparato anímico del niño en constitución. Simultáneamente a los tiempos del duelo, el principio de placer -que prima al principio cuando ocurre una muerte- debe ir abriendo nuevos caminos mediante otras fuentes de satisfacción y negociar con la realidad incuestionable de la pérdida, que impone el principio de realidad. Cuando el sujeto logra imponer el principio de realidad es cuando demuestra que el objeto amado ya no existe y a partir de ese momento comienza a quitar toda la libido depositada en él. Sin embargo, a esto se le opone la resistencia de la persona a abandonar esa posición libidinal, aun cuando ya encuentra un sustituto al cual depositar esa libido.

Lo “esperable” en el duelo -según Freud- es que debería de predominar la aceptación de la realidad; en palabras del autor “la prueba de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe y dicta la exigencia de retirar toda la libido de los lazos que la aferran a ese objeto” (p.149); cuando esto no ocurre es que se produce la melancolía, que consistiría en no lograr depositar la libido en otro objeto recayendo sobre el propio Yo, siendo patológico. Una vez que se completa el trabajo de duelo, el Yo regresa otra vez a ser libre y desinhibido. Por ende, la tarea central del duelo es desprenderse del objeto amado.

Por su parte, Melanie Klein (1938) profundizará en sus escritos algunos aspectos ya planteados por Freud, realizando aportes significativos para comprender el duelo especialmente en niños. Esta autora afirma que dependiendo cómo el niño sea capaz de transitar los primeros duelos es como posteriormente logrará enfrentarse a diversas pérdidas ocurridas a lo largo de su vida. En relación a lo planteado, la autora (1938) menciona que “(...) el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y son estos

tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso” (p.416). Por ende, la elaboración del duelo dependerá de la capacidad que tenga el sujeto para superar la angustia que se ha producido en las primeras etapas de vida.

Con relación al duelo en el niño, agrega que resulta inevitable la perturbación en la vivencia diaria, lo cual en el mejor de los casos será transitoria hasta que pueda atravesar el duelo y continuar con sus rutinas. Siguiendo el lineamiento freudiano, Klein comparte la idea de que el juicio de realidad es lo que permitirá elaborar el proceso de duelo, debido a que frente a cada pérdida y rememoración del objeto perdido, es la realidad la que demuestra que el objeto ya no existe.

Ahora bien, en Lacan (1963) el duelo no solo es la pérdida de alguien que nos sea significativo, sino que nos encontramos en duelo por lo que se pierde de uno mismo en esa pérdida. Continuando con lo expuesto, pero en palabras de él: “solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos Yo era su falta” (p.155). Menciona a su vez (1959), que el duelo provoca un “agujero en lo Real” en donde el sujeto queda sin posibilidad de dar respuestas a lo imaginario y a lo simbólico. Por lo tanto, la experiencia produce un quiebre significativo en la estructura del sujeto, desordenando el orden simbólico y la capacidad de discernimiento del adentro y afuera subjetivo.

La pérdida para este autor sacude las certezas e inestabiliza al sujeto y requiere de la función del duelo un esfuerzo para volver a un equilibrio. Cuando ocurre una muerte, la trama de significantes se rompe, Elmiger (2010) al respecto nos dirá que “por eso un sujeto en duelo se queda muchas veces no sólo sin palabras, queda vacío. Y es importante trabajar en torno a esto la función subjetivante en el duelo” (p. 20) En consecuencia, para Lacan la función del duelo es un momento subjetivante tras una pérdida; por lo tanto, se espera que el sujeto logre una recomposición del significante, en donde debe de poder modificar el vínculo

con aquel objeto que se ha perdido. Para el autor (1959) “los seres cuya muerte nos enluta son precisamente aquellos, poco numerosos, que entre nuestros allegados tienen el estatuto de irremplazables” (p. 89) El niño en su psiquismo se encuentra ante una doble tarea, en lo real e irreversible de la pérdida y cómo resguardar la relación de objeto buena e idealizada tras la ausencia definitiva y los anhelos a futuro que se irán con él o ella. Para que el mismo se realice es necesario cambiar la relación con dicho objeto de amor, reconfigurar la satisfacción de necesidades y seguridades del vínculo anterior.

Para finalizar, Allouch (2006) en *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* nos dirá que el sujeto está de duelo por una persona que se lleva con él un "pequeño trozo de sí", El destino del objeto que se ha perdido para Allouch es una pérdida definitiva y este objeto no es simplemente un objeto, sino que es un pedazo de uno mismo; el muerto se lleva un trozo del sujeto que permanece con vida. A diferencia del duelo freudiano y concordando con los postulados lacanianos el objeto perdido será un objeto único, irremisiblemente perdido e insustituible; por tanto, no implicaría un cambio de objeto sino un cambio en la relación con el objeto que se ha ido. Para él (2006), el duelo sólo llegará a su fin si logramos desprendernos de ese pequeño trozo de sí. Éste no corresponde al muerto ni a quien está de duelo, tampoco es un trozo cualquiera “sino un trozo que le importa, un trozo libidinizado, un trozo donde el deseo está comprometido” (p. 400).

Duelo infantil: características propias del momento evolutivo

Con respecto al duelo en los niños se puede decir que ha sido una temática controversial. Esto se debe a que existen diversas teorías para comprender si efectivamente el niño es capaz de realizar o no el proceso de duelo. Por medio de Pelento (2002), se harán entrever dos líneas de pensamiento diferentes en cuanto al duelo. Por un lado, presenta a un

grupo de autores que sostienen la idea de que hasta edades avanzadas de la infancia no están dadas las condiciones para realizar el trabajo de duelo, debido a que -en ocasiones- no logran acceder al examen de realidad. En contraposición, menciona autores que mantienen la idea de que, desde niño se es capaz de elaborar duelos; aunque, reconocen que será necesario tener en cuenta el momento de la estructuración psíquica cuando transcurrió la pérdida.

A su vez, como fue mencionado anteriormente el duelo es un proceso acompaña a la vida misma y el dolor del sujeto-niño en duelo por la muerte del Otro fundamental dependerá de la capacidad psíquica que haya adquirido para simbolizar la pérdida. La reacción que tendrá un niño frente a la pérdida definitiva de un progenitor dependerá de varios factores como lo son el momento evolutivo, la internalización del concepto o representación singular acerca de muerte, la estructuración de su psiquismo, el relacionamiento que tenga con los adultos de su entorno -principalmente con la madre o padre sobreviviente- y cuánta posibilidad de contención tendrá el adulto para poder elaborar la pérdida.

Es pertinente hacer mención de lo expresado por Donzino (2003) donde indica que la pérdida de objeto es la que habilita el duelo. No obstante, esto no siempre ocurre, sino que en algunos casos se presentan fracasos en la simbolización, quedando el duelo truncado. Por medio de los primeros entramados libidinales se gestan o no las bases para los procesos de simbolización; por medio de estos momentos originarios se podrá acceder a la elaboración de las pérdidas posteriores. Por ende, se debe tener en cuenta que la posibilidad de simbolizar se encuentra en el origen de la constitución psíquica y -en principio- responderá a aquello que el Otro fundamental le transmitió durante los primeros entrecruzamientos. Es propicio mencionar que aquellas transmisiones que se vinculan a lo erótico y libidinal conducirán a mayores niveles de simbolización; mientras en aquellas que se asocian a lo tanático o en donde las primeras relaciones fueron inestables o precarias, presentarán agujeros representacionales, comprometiendo la capacidad del niño para elaborar la pérdida. Según lo

mencionado por Schlemenson (2006), “los deseos de entrelazamiento libidinal no se instituyen y el psiquismo del niño se constituye con un nivel de precariedad simbólica difícil de recuperar posteriormente.” (p. 18) es por tanto que la posibilidad de simbolizar se encontrará comprometida, agravándose aún más si el niño no recibe un sostén sustituto al padre que se suicidó. En cuanto a lo que refiere al proceso de simbolización, la psicoanalista argentina Casas de Pereda (2007) afirma que el proceso se vincula al trabajo de lo negativo, encontrándose relacionada a la pérdida como también a la sustitución del objeto perdido. Por tanto, resulta indispensable que debe de propiciarse una ausencia para que se produzca la simbolización, resultando la no-presencia vía para el armado o no de nuevas cadenas significantes, que permitirán resignificaciones, subjetivaciones a lo acontecido.

Hacer el duelo en la niñez adquiere otros repliegues y complejidades cuando la pérdida y muerte de uno de los padres es causada por suicidio. En consecuencia, según lo menciona Ihlenfeld (1998) el suicidio es un hecho irreversible que adquiere características del orden de lo traumático. Este acontecimiento inesperado es un golpe emocional que fractura la continuidad vital con consecuencias en el desarrollo psíquico del niño, causando un profundo dolor y desborde de sus capacidades simbólicas. Siguiendo lo planteado por Raimbault (2008) cuando se produce el suicidio de un progenitor, la relación entre el niño y el Otro se rompe por una desaparición radical, se produce un detenimiento, un bloqueo en el psiquismo, una regresión y diversas manifestaciones corporales, esto aún se vuelve más complejo de ser simbolizado si los sobrevivientes adultos producen silencios o negaciones respecto a lo ocurrido.

¿Qué sienten los niños frente a la muerte de un progenitor? De acuerdo a lo planteado por diversos autores cuando ocurre la muerte de uno de los padres, los niños en principio tienen una reacción típica en negar lo que ha ocurrido, mostrarse llorones e irritables, con

cambios bruscos del estado anímico. El afecto del duelo suele estar relacionado con la tristeza. Sin embargo, la tristeza en los niños no logra invadir su cotidianidad como en los adultos, sino que en los niños se pueden observar cambios repentinos entre tristeza y alegría, generalmente mediado por el juego. Lo comportamental en esta franja etaria resulta de importancia, sus emociones por lo general suelen ser expresadas a través de manifestaciones corporales, como dificultades con el sueño, dificultad para concentrarse, pérdida del apetito, entre otros.

En cuanto a los niños sobrevivientes a la muerte de un padre por suicidio, suelen experimentar una serie de sentimientos peculiares, apareciendo con mayor intensidad que en otro tipo de muertes. Los niños que han sobrevivido al suicidio de un padre suelen presentar mayores sentimientos de ira, enojo y rechazo hacia aquel ser querido que terminó con su vida, siente que no lo quería lo suficiente como para evitar el trágico desenlace. En esta misma línea, el niño debido a su condición de dependencia con el progenitor siente que aquel lazo indestructible que le brindaba seguridad ha decidido abandonarlo. Estos eventos traumáticos se relacionan directamente en el psiquismo del niño que lo siente como desvalimiento y desamparo debido al abandono -ausencia- que siente tras la pérdida produciéndose una sensación de vacío interior que afecta todas las áreas de la personalidad del niño, sintiéndose poco importante en la vida de quien se quitó la vida y ser no merecedores de amor. Suelen por su parte aparecer sentimientos de odio -amor-odio contra el objeto amado- al ser los causantes de su sufrimiento.

Sin embargo, el sentimiento que predomina en el niño cuando un padre se quita la vida es la culpa. La misma aparece siendo intensa, agobiante y con efectos visibles en el niño a los cuales se debe de prestar atención. Debido a la regresión que implica el fallecimiento de uno de sus padres pueden aparecer pensamientos mágicos -característicos de momentos

evolutivos anteriores- en donde el niño puede experimentar sentimientos de culpa por lo que ha pasado. En su pensamiento, él ha producido la muerte de su padre debido a que ha tenido un mal comportamiento, llegando incluso a culparse porque en un momento de enfado ha deseado la muerte de esa persona. Cuando efectivamente esto ocurre creen que el destino de su progenitor ha sido provocado por ellos. En la misma línea, aparece el miedo a que se muera el Otro progenitor sobreviviente, como también la ambivalencia entre el miedo-deseo propio de morirse. En lo que respecta al miedo, puede aparecer debido a que en su pensamiento fueron capaces de acabar con la vida de su progenitor. A su vez, también puede aparecer el miedo a la muerte del otro progenitor debido a que -como fue mencionado- en esta edad logran comprender la irreversibilidad, universalidad y a su vez en algunos casos pueden comprender que ellos también pueden morir. No obstante, el deseo propio de morirse responde a la culpa que atraviesa porque uno de los padres se quitó la vida. Por lo tanto, de no haber contención para el niño suelen aparecer intentos suicidas, estos se encuentran solapados por procesos de identificación con el progenitor que se ha quitado la vida o cuya significación sea reunirse con el progenitor que ha partido.

Así mismo, es interesante traer a colación lo planteado por Aberastury (1973), allí menciona que cuando ocurren estas pérdidas pueden desembocar en lo que denomina como “microsuicidios”, aludiendo a la tendencia a ponerse en riesgo con continuas actuaciones. A su vez podemos incluir aportes realizados por Klein, quien mucho antes lo mencionaba como tentativas de suicidio inconscientes (golpearse, lastimarse o ponerse en situación de riesgo) que responderían a agujeros, fallas en la simbolización. Por su parte, Freidin y Calzetta (2018) afirman también que la propensión a sufrir accidentes o lastimarse también da cuenta de estar en presencia de dificultades en la simbolización y que a su vez estas suelen pasar desapercibidas por el entorno.

Como fue mencionado anteriormente en este periodo evolutivo se produce el comienzo de la salida exogámica en donde el niño comienza a habitar otros lugares como la escuela. El suicidio de un padre representa un golpe a las bases narcisistas del niño, tras el suceso los mismos suelen sentirse diferentes a sus pares; el suceso hará que experimente sentimientos de inferioridad -desvalorización del Yo- que podrían ser causantes de dificultades en el relacionamiento con los demás haciendo que el niño (huérfano) se refugie en la soledad y el aislamiento. Al mismo tiempo, esto puede verse incrementado por los sus compañeros, ya que pueden propiciarse el rechazo, la exclusión y el bullying generando en el niño sobreviviente distancia y sufrimiento. Aunque también puede darse lo inverso, el habitar otros lugares como la escuela puede favorecer a que el niño pueda comenzar a significar lo catastrófico que le ha ocurrido en su ambiente más inmediato. La escuela puede officiar como un lugar alternativo donde el niño fortalezca su simbolización por medio de sus capacidades verbales, así como con otros recursos -dibujos, narraciones, juegos -que favorecen la tramitación de la pérdida. A su vez pueden propiciarse vínculos significativos con pares, que le permitan construir intimidad y confianza por fuera del ámbito familiar. Por medio de estos encuentros se producen intercambios, momentos de alegría, juego y placer que favorecen a que el niño pueda atravesar el duelo. Es de importancia un otro semejante debido a que el relacionamiento con pares favorece la tramitación de angustias y miedos, fortaleciendo así la elaboración de lo disruptivo y traumático.

Como se mencionó en apartados anteriores, las figuras parentales tienen un papel fundamental en la construcción psíquica del niño por tanto la pérdida de uno de ellos deviene en un intenso clima de inestabilidad psíquica. Esto aún se vuelve más complejo cuando nos referiremos a un suicidio debido a que el acontecimiento produce gran excitación -tanto en el niño como en los Otros que lo rodean-, las reacciones psíquicas que sobrevienen posteriormente son del orden de lo traumático a causa del impacto que la situación disruptiva

trae consigo. Esta ruptura del sistema psíquico genera un sufrimiento intolerable y que resulta difícil de acceder a las vías de simbolización por parte del niño. Este suceso, resulta ser un exceso de tensión que queda instalado en el inconsciente, y que le resulta imposible o de difícil tramitación. Este acontecimiento traumático queda instaurado en el Yo como un cuerpo extraño, como una herida en el Yo.

Estas situaciones imponen una gran carga de energía psíquica y física para poder afrontar la pérdida, implica en el niño adaptarse a una nueva realidad. El niño al ser un sujeto en desarrollo y con cambios permanentes hace que el duelo traiga consigo un esfuerzo adicional. A raíz de la muerte del padre con quien mantenía una presencia cercana y cotidiana, la vivencia de sí mismo se torna inestable y perturbadora. Aparece en el niño la repetición de la duda y a su vez el miedo ante situaciones nuevas y el mundo externo (la realidad) le puede resultar hostil. A las preguntas del niño es difícil adjudicar o dar una respuesta debido a que el adulto en ocasiones también carece de información. Frente a ello, en ocasiones aparece la imposibilidad de poner en palabras aquello que está ocurriendo. Cuando no aparece la capacidad de traducir el dolor psíquico en palabras, suelen aparecer manifestaciones tanto somáticas como sintomatológicas que se expresan a nivel corporal. Estas manifestaciones que suelen ser desligadas o que no pudieron acceder a la cadena significativa son sentidas en el cuerpo, a través de estados anímicos o comportamientos inadecuados.

Cabe aclarar que éstas pueden aparecer en las primeras instancias de duelo esperable. Sin embargo, en el caso de que se sostengan en el tiempo y no se accedan a palabras que signifiquen lo ocurrido, que no permitan al niño moverse del lugar del sufrimiento y lograr reconstruir lazos con el mundo, dar lugar a nuevas investiduras libidinales y abrir posibilidades creativas, el dolor intenso producido por el suicidio puede transformarse en

padecimiento psíquico y por lo tanto cristalizarse en posibles patologías, tales como la depresión.

Cuando ocurre un suicidio suelen aparecer silencios que rodean al niño, que no hacen más que comprometer su capacidad de simbolización. Respecto a ello, Ihlenfeld (1998) expresa que el proceso de duelo que deberá de realizar estará unido al tiempo que consume la elaboración y la posibilidad de un espacio para simbolizar. Para que esto ocurra de manera “adecuada” el niño debe de contar con un adulto que brinde soporte emocional y que logre traducir el impacto de la muerte a medida que el niño (huérfano) vaya incorporando la nueva realidad.

Lugar de un Otro en el duelo infantil

¿Qué lugar ocupa el adulto/progenitor sobreviviente en el duelo de un niño? El papel que tienen los otros adultos en la contención y el duelo de un niño es fundamental, el niño necesita de un Otro para duelar y poder resignificar su mundo interno. Según lo planteado por algunos autores, entre ellos se debe protegerlos brindándoles soporte emocional, hablarles siempre diciendo la verdad, con lenguaje sencillo, accesible y comprensible, brindar espacios para poder comunicarse con ellos, ayudarles con dudas e inseguridades u otras dificultades que se les presenten. Es así que el niño necesita de una atención comprometida y perseverante que le permita ser acompañado, que le aporte seguridad, tranquilidad y afectividad. Además, es trascendental que pueda guiarlo en el proceso de duelo y a su vez que ese Otro pueda responder a las preguntas que al niño le surjan tras la pérdida afectiva. Si las condiciones psíquicas y el entorno familiar no obstaculizan el proceso de duelo, generalmente el niño logra contar con recursos simbólicos que le permitirán la elaboración de su sufrimiento. De esta forma según Scalozub (2008), la presencia y disponibilidad de un Otro que facilite la elaboración de una pérdida en la infancia resultaría ser fundamental.

En nuestra sociedad, niños y muerte parecen palabras antagónicas, existe un tabú que impide que se hable con los niños acerca de la finitud de la vida, esto suele acrecentarse cuando estamos frente a un suicidio. A su vez, el suicidio como fenómeno origina una serie de efectos negativos en los sobrevivientes provocando estigmatizaciones tanto en quien cometió el suicidio como en los familiares sobrevivientes. Debido a esto es que suelen aparecer silencios y el secreto como forma de enfrentarse a los señalamientos que se producen socialmente. Frente a los silencios, comienzan a tomar fuerza las negaciones tejiendo un secreto familiar que se irá transmitiendo a nivel inconsciente en la trama familiar. Cuando ocurren los mismos la información que los sobrevivientes le proporcionan al niño sobre la muerte suele ser escasa, equivocada, cargada de eufemismos o incluso silenciada. Mencionando los aportes realizados por Green (1980), a estos fenómenos de lo no-dicho, de las lagunas o “agujeros” en la comunicación transmitirán lo vacío, fosilizaciones psíquicas. Sin embargo, aunque se le esté ocultando lo sucedido, ellos lograrán dimensionar que están sucediendo cosas a su alrededor de las que no se lo están haciendo partícipes, situación que les puede provocar mayores sentimientos de culpa y confusión al imaginar y crear sus propias teorías acerca de lo que ha ocurrido, transitando con mayor angustia cuando sus intuiciones queden sin explicación.

En lo que respecta al aislamiento o la minimización del suceso por parte de los sobrevivientes, Aberastury (1987) señala que, “la mala actuación del adulto con el niño ante situaciones de muerte, el silencio, las mentiras o las explicaciones falsas, pueden provocar más dolor, confusión y problemas”. Por lo tanto, suele ser recomendable que se le permita al niño acceder -en caso de que lo desee- a los ritos funerarios porque significa hacer frente a la irreversibilidad de la pérdida, acercarse al principio de realidad y permitirse así comenzar a elaborar un duelo de manera adecuada.

A su vez, en un intento de proteger al niño del sufrimiento los adultos suelen ocultar sus emociones, negando así el impacto que se ha producido tras un suicidio. Esto podría tener repercusiones negativas tanto en el niño como en el progenitor superviviente ya que impedir expresar los sentimientos podría favorecer la aparición de patologías futuras. En este sentido, Winnicott (1958), dice que el ocultamiento de lo ocurrido sobre la muerte puede ser generador de depresión en el niño e incluso acrecentar el dolor psicológico en los adultos sobrevivientes debido a la falta de redes vinculares; esto logra reflejarse posteriormente en sintomatologías depresivas en el progenitor sobreviviente.

Cuando ocurre un suicidio se desestabiliza por completo el ambiente familiar, haciendo que los progenitores sobrevivientes se encuentren desgarrados, quedando sumergidos entre la tristeza, el dolor y la capacidad de afrontar el futuro. El sobreviviente al encontrarse invadido por el sufrimiento hace que se generen incumplimientos y/o imposibilidades de los quehaceres parentales. Es allí cuando -en el mejor de los casos- otros miembros de la familia toman un rol más activo con el progenitor que queda con vida, a fin de procurar la satisfacción de las necesidades que requiere el niño para su desarrollo, el cual se encuentra comprometido. Haremos hincapié en este caso sobre el rol que puede tener los abuelos -padre o madre del progenitor sobreviviente- en estos duelos. Tras la ausencia, los abuelos pueden cumplir una función primordial al ser los estabilizadores de la nueva dinámica familiar. Son ellos quienes asumen un rol preponderante en las responsabilidades del cuidado y protección de los niños, proporcionándoles soporte emocional y un ambiente seguro que le permitirá al niño elaborar lo ocurrido.

Una de las características particulares que tiene este fenómeno es que tiende a repetirse con el tiempo a través de las generaciones; teniendo en cuenta que las influencias transgeneracionales juegan un papel importante en los casos de suicidios e intentos de

suicidio y que forman parte una larga lista de factores de riesgo suicida en la infancia se considera necesario ofrecer al niño contención, respuestas frente a sus preguntas, ofrecerle seguridad, darle lugar a las emociones para que pueda representar la pérdida irreversible de manera “sana”.

Para finalizar con el apartado, resulta importante destacar que el suicidio de uno de sus progenitores es una herida narcisista que permanecerá el resto de su vida. El proceso de duelo no es lineal, no adquiere un momento específico de finalización sino que por el contrario, el niño se encontrará a lo largo de su vida sanando esta herida. Como es mencionado por Quagliata (2015) la herida narcisista son los hilos que faltan para hilvanar un tejido, en donde se podrá zurcir el tejido pero nunca será igual a lo que era antes.

Capítulo IV: Pensar en la prevención

Educar para la vida: un lugar posible donde expresar el dolor

“Lo importante no es lo que hagan con nosotros, sino lo que hagamos nosotros con lo que hicieron con nosotros” Jean Paul Sartre, (1952)

El incremento de la tasa de suicidios produce que año a año muchas personas resulten ser sobrevivientes, actualmente nuestro país no cuenta con registros de cuántos son los niños que se encuentran transitando esta situación. Es preciso tener en cuenta que el hecho de ser sobreviviente a la muerte por suicidio -indiscriminadamente de la edad al momento del suceso- te hace ser población de riesgo suicida, esto se debe a la incidencia que implica tener antecedentes familiares directos. Resulta crucial poder visualizar que el simple hecho de ser sobreviviente a un suicidio es motivo suficiente para desarrollar posibles sintomatologías y que las mismas si no logran ser elaboradas pueden cristalizarse en diversas patologías, como

la depresión. En épocas donde el dolor se tiende a desmentir, el entorno puede resultar obstaculizador en la elaboración de las pérdidas, lo que configura un campo propicio para que la medicalización -como solución inmediata- tome protagonismo. Al mismo tiempo suelen aparecer diagnósticos en exceso donde se tiende a patologizar el dolor intenso que implica esta pérdida.

Cuando ocurren estos trágicos acontecimientos nos encontramos a una familia colapsada, donde la vulnerabilidad, fragilidad y dolor envuelve a todos sus integrantes que posiblemente no se encuentren emocionalmente disponibles para contribuir en la elaboración del duelo en el niño. Frente a la imposibilidad de la familia de poder brindar sostén podemos pensar en otros lugares en donde el niño habita. Teniendo en cuenta lo planteado por Stern (1995) la familia ampliada como el resto de la comunidad puede y debe de brindar redes de sostén al niño. Si bien las figuras parentales tienen gran relevancia en los primeros encuentros, también se producirán enriquecimientos en la inserción a otros contextos sociales, como lo es la escuela.

Desde sus comienzos, la escuela ha sido el lugar por excelencia de socialización de los sujetos, es por medio de esta institución que comienza el camino a la salida endogámica en los niños. Luego de mucho tiempo de desarrollo de la vida en el ámbito familiar, se comienzan nuevas adquisiciones en el ámbito escolar; según menciona Schlemenson (2004), allí se abre una nueva oportunidad para que se produzcan enriquecimientos simbólicos, es un lugar privilegiado para la complejización psíquica. En la misma línea Aulagnier (1977) da cuenta de que las funciones familiares y extrafamiliares son claves para el advenimiento de un sujeto psíquicamente complejo en donde ambas instituciones conformarán el propio mundo subjetivo del niño. En consecuencia, durante el periodo de latencia surgen representaciones novedosas, nuevos encuentros con otros, adultos y pares, que le posibilitarán

al niño complejizaciones en el pensamiento, las transformaciones psíquicas, vínculos significativos y afectivos que promueven la ampliación del mundo simbólico del niño. Por ende, la escuela puede ser un lugar privilegiado para el reconocimiento de la pérdida, habilitando nuevos ordenamientos simbólicos y favoreciendo su elaboración. Por lo tanto, ambas instituciones -familia y escuela- inciden significativamente en la constitución subjetiva y psíquica de los niños. Según lo expuesto por Etchebehere (2012), que nos dirá que la escuela es un ámbito privilegiado para el niño “para crecer, desarrollarse, madurar, aprender, construir conocimiento, afirmar las relaciones, socializarse” (p. 85), es así, que el simple hecho de ingresar en el ámbito educativo genera nuevos entramados, relaciones e informaciones que complejizan lo psíquico.

Un espacio escolar donde se promueva lo estimulante y afectivo podría ser activador de la producción simbólica en los niños. Teniendo en cuenta las particularidades a las cuáles se están enfrentando el niño y su familia, el ámbito escolar donde se promueva lo mencionado resulta ser una alternativa -necesaria- para que estos niños sobrevivientes puedan elaborar la pérdida de su padre/madre. Las aulas deben ser ese lugar de encuentro en donde cada niño desde su singularidad pueda simbolizar acorde a sus necesidades individuales, y que a través de los contenidos que allí se ofrezcan puedan construir algo nuevo (simbólicamente), donde puedan reelaborar, resignificar el hecho traumático. En definitiva, debe la escuela ser un lugar donde se evite que el sujeto esté condenado a una clausura mortífera, un lugar donde el niño pueda narrarse, donde sea escuchado, acompañado y logre habitar una nueva realidad atenuando su sufrimiento.

Una serie de preguntas nos acercan al final de la monografía: ¿de qué manera la institución escolar puede contribuir para que el niño pueda resignificar aquello que le genera sufrimiento?, ¿cómo favorecer la producción simbólica en ámbitos educativos? El sistema

educativo desde sus inicios ha tenido el afán de enseñar contenidos para enfrentarse a la vida, pero careciendo de aspectos inherentes a la condición humana, como es la muerte. Como menciona Cortina (2010): “una enseñanza que no tenga en cuenta la muerte, no se está dirigiendo a los seres humanos, ya que los delimita impidiendo una mirada global hacia su condición de ser vivo” (*extraído de Ramos y Camats, 2017*), porque vivir implica también conocer la muerte. Respecto a esto, cabe preguntarse, ¿por qué excluir la muerte como parte del ciclo vital?, ¿no sería propicio educar acerca de la finitud de la vida y preparar a los niños para una situación dolorosa? Según lo mencionado por Ramos y Camats (2017) es emergente que en las instituciones educativas se aborde lo denominado “*La pedagogía de la finitud humana*” o también conocida como pedagogía de la muerte. Mediante esto, se prepara a los niños para el momento en cual les toque atravesar por la pérdida de alguien querido. Al mismo tiempo, este enfoque pedagógico permite la contención al sufrimiento, puede a su vez ser un lugar en donde se logre expresar emocionalmente las diversas historias de los niños.

En cuanto a los métodos para poder favorecer a las complejizaciones psíquicas encontramos que la narración es una de las vías propicias que funciona como promotora de complejización de la producción simbólica de los niños. El cuento infantil oficia como intermediario para el psiquismo y es promotor de sustituciones simbólicas. Es por medio de los diversos conflictos que aparecen allí que se convoca al conflicto intrapsíquico e intersubjetivo; adquiriendo vías propicias para ligar lo acontecido. Los cuentos según nos menciona Schlemenson (2004) son activadores narrativos que dan oportunidad privilegiada para el despliegue del proceso imaginativo. La historia propia y la ajena se entrelazan, el niño lo toma e interpreta de acuerdo a la diversidad de sentidos, experiencias y sentires que le genera, por medio de la ajenidad de otra historización que logran producir procesos en la simbolización. Según Casas de Pereda (1999), el cuento habilita el resurgimiento del sujeto psíquico; es en este proceso historizante donde siempre se encuentra con algo que le

pertenece. Según lo planteado por Kachinovsky y Dibarboure (2017), la lectura de cuentos infantiles es una experiencia favorecedora de lo subjetivante, la misma es creadora de nuevos enlaces en donde se producen resignificaciones de lo acontecido en el psiquismo del niño.

A través de diferentes recursos -narraciones, juegos, dibujos- que se brinden en el ámbito educativo el niño puede comenzar a canalizar el sufrimiento; es por medio de estas vías -entre otros- que se comienza a construir un nuevo tejido, una nueva trama en la subjetividad del niño. Como fue mencionado para que ocurran cambios en el posicionamiento de cómo el niño está logrando (o no) transitar la pérdida de su padre se requiere indispensablemente de la presencia de un Otro que lo auxilie en el trabajo de duelo. Según menciona Cyrulnik (2001) se requiere de “[...] alguien, una persona, un lugar, un acontecimiento, una obra de arte que provoca un renacer del desarrollo psicológico tras el trauma” (p.17) es por medio de esta relación del niño con un Otro que se puede construir la resiliencia en el niño.

Por intermedio de vínculos significativos, el niño puede hacer frente a la adversidad, vulnerabilidad y en definitiva a las repercusiones que trajo consigo este hecho traumático. Conforme a lo mencionado por Grotberg (2001), la noción de resiliencia hace referencia a la capacidad subjetiva que adquiere el ser humano de lograr transformar las vulnerabilidades en aptitud cuando las experiencias le son adversas. Por su parte, Cyrulnik, (2007) nos dirá que la resiliencia es aprender a lidiar con las adversidades, enfrentar los infortunios que se presentan en el transcurso de la vida. Podríamos entender a la resiliencia como una evolución de la vulnerabilidad, de lo traumático. A causa de lo antes mencionado, los encuentros vinculares significativos que se producen en la escuela pueden lograr ser transformadores y sostén psíquico frente a las vulnerabilidades sufridas. Por ende, es preciso a través de diversas estrategias -acorde a la edad de los niños- promover la resiliencia. Esto no implica olvidar el

acontecimiento traumático, sino evolucionando, creando, metamorfoseando lo ocurrido con la imprescindible existencia afectuosa intersubjetiva de un Otro que permita la transformación de la dolorosa realidad y acceder así, a nuevas realidades posibles.

Consideraciones finales

A lo largo de la escritura de la monografía la siguiente pregunta ha sido transversal: ¿cuál es la importancia que adquiere el estudio de los niños sobrevivientes a un suicidio? Es de suma importancia pensar en el sobreviviente a un suicidio debido a que es otra víctima que se ve afectada de forma negativa y significativa ante el fallecimiento de un ser querido. El suicidio consumado despedaza la vida del sobreviviente, deja una marca imborrable en el psiquismo que de no ser elaborada puede llegar a cristalizarse en patologías o debido a ser tener un antecedente familiar presentarse como riesgo suicida del niño en el futuro.

Propongo reflexionar acerca de los modos de subjetivar el hecho traumático desde el momento en el cual estamos inmersos. Se tienen las contribuciones que realiza Lipovetsky (2006) para instalar un pensamiento de cómo son producidos los procesos de duelos en la época actual -hipermodernidad- En el presente, los sujetos viven a un ritmo donde predomina lo superficial, cambiante, los discursos en donde predomina la vertiginosidad, lo efímero. Asimismo, Aries (2000) alude a que en la actualidad nos enfrentamos a lo que él denomina como “muerte excluida” en donde la sociedad -en occidente- tiende a expulsar la muerte y por ende también el dolor psíquico. En este sentido, parecería que detenerse a sufrir aparece -en principio- como una forma de resistencia a la velocidad de los cambios. Es corriente visualizar que no se dispone de un tiempo real y psíquico para llevar adelante los procesos que el duelo requiere, en donde parecería que los mismos no estarían comprendidos en el

sistema de ideales actuales. En cuanto a lo referido, la subjetividad actual incorpora sin pensarlo diversos métodos para mitigar el padecimiento; terreno fértil para que la medicalización cobre protagonismo como método de ocultar el dolor y el sufrimiento.

Se ha esbozado a lo largo del escrito que los Otros cumplen una función fundamental en el desarrollo del niño. En la edad comprendida para la siguiente monografía tanto la familia como la escuela inciden significativamente en la constitución subjetiva y psíquica de los niños. Cuando nos encontramos frente al suicidio de un progenitor se intensifica la necesidad de un vínculo con un Otro que le sea sostén psíquico, que le acompañe afectuosamente, que responda a sus preguntas: ese Otro resulta ser imprescindible para que el niño comience a lograr (o no) transformar la realidad que le es hostil, dolorosa y desgarradora. Es por tanto que frente a la imposibilidad de la familia de brindar ese acompañamiento se puede optar por pensar en otros lugares en donde habita el niño; allí la escuela y los vínculos significativos que se construyen generan un lugar privilegiado para poder comenzar a simbolizar la pérdida.

El psiquismo infantil que aún no se encuentra conformado del todo puede metamorfosear el acontecimiento traumático dependiendo de cuan acompañados estén durante el trabajo de duelo. Como sostiene Leader (2011) la elaboración del duelo debe de propiciarse por medio de lo que denomina como “diálogo de duelos”, que permiten al niño reconocer su propio dolor como válido, pudiendo acceder al encuentro con su propia pérdida. El dialogar con la pérdida -no solo desde lo hablado- favorece a la simbolización. Por ende, es de suma importancia que otros potencien la capacidad de simbolizar en el niño; al hacerlo se está mitigando su padecimiento y previniendo futuros suicidios.

En una sociedad que niega la muerte como parte de la existencia humana, cuando las mismas son producidas por suicidios suelen traer consigo silencios, discursos distorsionados

sobre la verdad de lo acontecido, eufemismos e incluso ocultamientos que intentan aliviar el sufrimiento, pero que no hacen más que comprometer la vida. Resulta indispensable que se eduque para la muerte que en definitiva es educar para vivir -debido a que sus conceptos son inseparables- aceptando la finitud de la vida.

La estigmatización, invisibilización e indiferencia producida en la sociedad envuelve a este fenómeno mientras que los suicidios consumados continúan en aumento. Frente a los altos índices de suicidio con los que cuenta nuestro país es necesario a hacer énfasis en la prevención de este. En esta línea se abocó el trabajo, como un intento de dar visibilidad a una problemática que interpela constantemente a nuestra sociedad y que simplemente queda relegada al ámbito clínico.

Estas cuestiones, como otras tantas minorías invisibilizadas, dejan un vacío en nuestra formación académica y por lo tanto demandan una mayor producción de conocimientos. En lo que respecta a la temática desde un principio presentó desafíos; la falta de información en lo que respecta los sobrevivientes de un suicidio hace imperiosa la necesidad de poner a los niños sobrevivientes como foco de atención. Pensando en la prevención del suicidio, abordar el sufrimiento post muerte de uno de sus padres resulta una temática ineludible. Queda en el debe, por tratarse de un breve recorrido hacer hincapié en las condiciones en las cuáles nuestros NNA transitan su vida. La creciente incidencia de casos de suicidio infantil, la prevalencia en aumento de la población adolescente y las tasas alarmantes de suicidio en todas las franjas etarias hacen que esta problemática invite a repensar las condiciones de vida en nuestro país.

Referencias

- Aberastury, A. (1987). *El adolescente y la libertad. La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*, 15-34.
- Aberastury, A. (1973). *La percepción de la muerte en los niños*. Revista de psicoanálisis (3/4), 698-702.
- Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*.
- Ariés, P. (2000) *Historia de la muerte en occidente*. Barcelona: Acantilado
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- Berenguer, E., (s/f) *En casa no se habló nunca de la muerte de mi padre*. Som360. Extraído de:
<https://www.som360.org/es/testimonio/casa-no-hablo-nunca-muerte-mi-padre>
- Benyakar, M., Lezica, A. (2005). *Lo Traumático. Clínica y Paradoja (Tomo. 1 - El proceso traumático)*. Buenos Aires: Biblos.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Bs. As.: Topía
- Bleichmar, S. (2001). *La infancia y la adolescencia ya no son las mismas. Qué se conserva hoy de la infancia que conocimos*. Recuperado de:
<https://www.elpsicoanalitico.com.ar/num3/autores-bleichmar-infancia-adolescencia.php>
- Casas de Pereda (1999) *Psicoanálisis con niños: tarea en construcción*. Revista uruguaya de Psicoanálisis

- Casas de Pereda, M. (2007). *Simbolización, una puesta en escena inconsciente*. Revista Uruguay de Psicoanálisis, (Nº 104, pp.180-186). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Recuperado de http://www.apuguay.org/revista_pdf/rup104/rup104-casas.pdf
- Cyrulnik, B. (2007). *De cuerpo y alma*. Barcelona: Gedisa.
- Cyrulnik, B. (2001). *La maravilla del dolor. El sentido de la resiliencia*. Barcelona: Granica.
- Donzino, G. (2003) “*Duelos en la infancia. Características, estructura y condiciones de posibilidad*”
- Durkheim, Émile (1897); *El suicidio*; Editorial Libertador; Buenos Aires, Argentina; 2004.
- Elmiger, M. (2010) *La subjetivación del duelo en Freud y Lacan*
- Etchebehere, G. (2012) *Puentes y brechas entre educación inicial y derechos de infancia*, Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República.
- Freidin, F. y Calzetta, J. J (2018). *Accidentes infantiles reiterados y su relación con el acting-out: vicisitudes de la simbolización fallida*. Anuario de Investigaciones, Vol 15.
- Freud, S. (1905), *Tres ensayos de teoría sexual*, Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu
- Freud, S. (1913), *Tótem y tabú*, Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1986
- Freud, S. (1917) *Duelo y melancolía*. En: Obras Completas. Volumen XIV. Amorrortu Editores: Buenos Aires [1996].

- Green, A. (1980), *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- Grotberg, E. (1995). *Nuevas tendencias en resiliencia*. En A. Melillo, E. N. Suárez Ojeda, (Comp.) *Resiliencia. Descubriendo las propias fuerzas*. Buenos Aires: Paidós.
- Ihlenfeld de Arim, S. (1998) *Duelos en la infancia*. Revista uruguaya de Psicoanálisis. (APU)
- Janin, B (2011) *El sufrimiento psíquico en los niños, Psicopatología infantil y constitución subjetiva*; Colección Conjunciones, Noveduc
- Kachinovsky, A. & Dibarboure, M. (2017). *Intervenciones en psicopedagogía clínica: el taller clínico narrativo*.
- Kaës, R., Faimberg, H., Enriquez, M.(1993). *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu ed., 1996.
- Klein, M. (1938) *El duelo y su relación con los estados maníacos depresivos*. En: Amor, culpa y reparación. Buenos Aires: Editorial Paidós [2003]
- Lacan, J. (2014). *El seminario de Jacques Lacan: Vol.6. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958-1959).
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan: Vol.10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Seminario impartido en 1962-1963)
- Laplanche, J., y Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós
- Lipovetsky, G. (2006) *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama
- Leader, D. (2011). *La moda negra. Duelo, melancolía y depresión*. Madrid, España: Sexto Piso.

Lozano, L. y Chaskel, R. (2009) *El diagnóstico y manejo del duelo en niños y adolescentes en la práctica pediátrica.*

MSP. (2023). Obtenido de sitio web MSP:

<https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/comunicacion/noticias/17-julio-dia-nacional-prevencion-suicidio#:~:text=De%20acuerdo%20con%20los%20datos,21.39%20por%20cada%20100.000%20habitantes.>

MSP (s/f) *Plan Nacional de Prevención del Suicidio 2011-2015*

Organización Mundial de la Salud (2012) Salud Mental. *Prevención del Suicidio* (SUPRE).

Pelento, L (2002) *El niño y la muerte. Información del hecho; comparación de prácticas sociales y familiares y producción subjetiva.* Revista Sociedad Argentina Psicoanalítica. Bs. As. pp.31-72.

Perez Barrero, S. A. (2006) *Como evitar el suicidio en adolescentes.* Revista Futuros

Raznoszczyk de Schejtman, C (2018) *Dimensiones de la parentalidad. Reflexiones e investigaciones actuales,* Universidad de Buenos Aires, Argentina

Raimbault, G. (2008) *Hablemos de duelo.* Ed: Nueva Visión. Buenos Aires.

Ramos, A., y Camats, R. (2017). *Consideraciones generales respecto a la necesidad de practicar una pedagogía sobre la finitud humana en la educación formal.*

Estudio de caso. Revista Educar, 55 (1), 273-290. Recuperado de:

<https://www.raco.cat/index.php/Educar/article/view/v55-n1-ramos-camats/440094>

- Rodulfo, R. (1996) *El niño y el significante: un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*
- Rozenbaum, A. (2005), *Trauma, transmisión generacional e historización*, Revista de Psicoanálisis, LXII, 2: 399-406.
- Quagliata, S. (2015) *Las características del duelo en madres de hijos fallecidos por suicidio. Estudio de casos*. Montevideo, Uruguay
- Saidon, O. (2012) *La clínica de Guattari y los post-guattarianos*. En: Berti, G. Félix Guattari. Los ecos del pensar entre filosofía, arte y clínica
- Scalici, E. (2012). *La muerte en diferentes culturas*.
- Scalozub, L (1998). *El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del psicoanálisis*. Revista Psicoanálisis AP de BA. Vol. XX. Núm. 2, pp. 367-383.
- Schlemenson, S. (2005). *El placer de criar, la riqueza de pensar. Una experiencia con madres para el desarrollo infantil temprano*. Buenos Aires: Noveduc.
- Schlemenson, S. (comp.). (2006). *Niños que no aprenden. Actualizaciones en el diagnóstico psicopedagógico*. Buenos Aires: Paidós.
- Schlemenson, S. (2004). *Subjetividad y lenguaje en la clínica psicopedagógica: voces presentes y pasadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Shneidman, E. (1985) *Detinition of Suicide*, p.10
- Speece. M. W. & Brent, S. B. (1984). *Children's understanding of death: a review of tree components of the death concept*. Child Development, 55, 1671 1686.

Tisseron, S., Torok, M., [y otros] (1995). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*.

Buenos Aires: Amorrortu, 1997.

Urribarri, R. (1999) *Descorriendo el velo sobre el trabajo de la latencia*, Buenos Aires,

Argentina

Urribarri, R. (2008) *Estructuración psíquica y subjetiva del niño de escolaridad primaria. El*

trabajo de la latencia. Editorial Novedades Educativas, Buenos Aires, 2008

Winnicott (1958). *Reparación con respecto a la organización antidepresiva de la madre*. En

Escritos de pediatría y psicoanálisis: Buenos Aires: Laia

Anexo:

Es de gran dificultad encontrar producciones académicas en donde se tenga en cuenta el relato de niños/as en donde uno de sus padres decidió quitarse la vida. La información a la que se accede suele ser testimonial, contada en su mayoría por adultos que transitaron el duelo siendo niños. Se considera importante incluir un relato extraído de SOM 360 -plataforma digital de acceso libre formada por profesionales de la salud mental, del sector social y de la educación- para dar cuenta de lo mencionado a lo largo de la monografía.

«Cuando murió mi padre, empecé a tener terror y ansiedad pensando en que mi hermano, mi madre o alguien a quien quería se podía morir. Tanto era así, que por las noches me levantaba para mirar si respiraban. El miedo a la muerte, a la pérdida, lo he tenido muchos años y me ha costado mucho sacármelo de encima». Y también la rabia: «¿Por qué me ha dejado? ¿Cómo lo ha podido hacer? Yo le necesitaba», unos sentimientos que poco a poco fueron desapareciendo.